

La reencarnación en Occidente

LA idea de la reencarnación va encontrando hoy en día en las sociedades occidentales cada vez más adeptos. En este artículo explicaré, primero, por qué entiendo que la creencia occidental en la reencarnación es una creencia inculturada. En segundo lugar, revisaré sumariamente lo que las fuentes cristianas dicen sobre este tema, así como las convergencias y divergencias entre la creencia en la reencarnación y la fe cristiana. Finalmente, aprovecharé la circunstancia para indicar algunas interpelaciones que se siguen de este hecho para la fe cristiana.

Gabino Uríbarri, S. J.*

SEGÚN las encuestas disponibles (1) creerían en la reencarnación el 25% de los occidentales. Los datos de España

(1) Cf. C. Pozo, *La venida del Señor en la gloria. Escatología*, Valencia, Edicep, 1993, 167; S. del Cura, «Escatología contemporánea: la reencarnación como tema ineludible», en: Varios, *Teología en el tiempo*, Burgos 1994, 309-358, aquí 331, nota 72, donde remite a los estudios de la Fundación Santamaría; J. Wijngaards, «Reincarnazione pragmatica. La fede nella reincarnazione fra i giovani nella cultura occidentale»: *Religioni e Sette nel mondo* 3, 1 (marzo 1997) 88-117.

* Profesor de Teología Dogmática en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

se sitúan en esa línea: 25% de los adultos y 24% de los jóvenes (entre 15-30 años). Además, hay un número amplio de cristianos que no encuentran oposición alguna entre reencarnación y resurrección. «Según las estadísticas del "eurobarómetro" de 1989, el 31% de los católicos europeos practicantes y el 37% de los protestantes declaran creer en la reencarnación» (2). Naturalmente, tal desarrollo no puede ser casual. En mi opinión, *este éxito se debe a que la creencia de la reencarnación en Occidente es una propuesta inculturada de salvación* (3).

Singularidad de la creencia «occidental» en la reencarnación

Es difícil precisar con exactitud cuál es la creencia occidental en la reencarnación, puesto que se da una gran diversidad, en concordancia con el pluralismo social. Un primer grupo de personas se adhieren con sinceridad al budismo, principalmente, o al hinduismo, y participan de las prácticas y creencias de estas religiones. Otro segundo grupo, más numeroso, llega a la fe en la reencarnación en versiones más típicamente occidentales, tomando elementos de estas religiones y combinándolos con otros aspectos más occidentales (evolucionismo, por ejemplo) o con una acomodación a la occidental de intuiciones orientales (pagar según la ley del *karma* se convierte en la ocasión de recibir otra oportunidad para completar el desarrollo personal). Finalmente, un tercer grupo sigue más bien versiones de la reencarnación explícitamente desarrolladas en Occidente: Nueva Era, teosofía, antroposofía, espiritismo, esoterismo. Evidentemente, entre todos estos grupos se dan cruces y grados diversos de adhesión. Incluso, como he apuntado, hay cristianos que no ven incompatibilidad alguna entre la reencarnación y la resurrección. La primera explicaría lo que ocurre en la vida terrena hasta que se alcance, como la segunda, el estadio definitivo de la consumación.

A través de la creencia en la reencarnación muchos occidentales descubren una espiritualidad que les ayuda en su vida y encuentran fuerzas para llevar una vida moralmente elevada. Aquí abordo esta creencia con el

(2) Las citas: C. González Vallés, *¿Una vida o muchas? Un cristiano ante la reencarnación*, Santander, Sal Terrae, 1996, 129, que las toma de D. S. Toolan, «Reencarnación y gnosis moderna»: *Concilium* 249 (octubre 1993) 821-838, aquí 823.

(3) Para ampliar este punto, G. Urribarri, «La inculturación occidental de la creencia en la reencarnación: *Miscelánea Comillas* (julio-diciembre, 1998), de próxima publicación.

respeto que debe caracterizar todo diálogo interreligioso. Tal respeto no impide preguntarse qué está culturalmente detrás de este auge tan rápido de la reencarnación en Occidente, igual que nos hacemos esta pregunta acerca del cristianismo primitivo en su relación con el imperio romano. Por eso, me refiero a las claves culturales con las que puede resonar la creencia en la reencarnación tal y como se formula en sus versiones occidentales popularizadas.

A pesar del pluralismo dentro de la creencia occidental sobresalen, con mayor o menor insistencia y congruencia entre sí, estos rasgos:

Valoración positiva

APARECE con claridad en el pensamiento de R. Steiner (1861-1925), fundador del movimiento teosófico; A. Kardec (1804-1869), padre del espiritismo; Papus (1865-1916), un pensador esotérico, y en la religiosidad en torno a la Nueva Era.

Es lo más destacado. Mientras que, en líneas generales, tanto para el budismo como para el hinduismo la religión es una ayuda para escapar a la reencarnación y, por consiguiente, la creencia en la reencarnación no forma parte del patrimonio de las esperanzas de los creyentes (4), en su versión occidental más difundida la reencarnación es una creencia esperanzada. Como anécdota, en una conferencia en la Universidad Pontificia Comillas, el 13 de diciembre de 1995, Carlos González Vallés, jesuita que trabaja en la India, indicó que en la ortodoxia hindú las mujeres no pueden salir del ciclo reencarnatorio. Su máxima aspiración se limita a reencarnarse en varones. Huelga aclarar que las mujeres occidentales que defienden la reencarnación no mantienen esta postura.

La vida no termina con la muerte, sino que tiene una continuidad, hay una pervivencia posmortal. En general, como se verá al mencionar el evolucionismo, en Occidente se considera que la reencarnación será en forma humana, no una regresión al mundo animal, vegetal o mineral.

Quizá empalme la creencia en la reencarnación con la dificultad que tenemos en Occidente para aceptar la trascendencia. No es que los que pregonan la reencarnación nieguen la trascendencia; al contrario, resaltan

(4) Cf. p. ej. las colaboraciones de K. Schmied (budismo) y M. Christof-Füchle (hinduismo) en: K. Firtenbusch - H. A. Müller (Hgs.), *Was aber bleibt, stiften die Hoffenden. Hoffnung in den fünf Weltreligionen*, Stuttgart, Quell, 1997, págs. 37-58 y 101-117, respectivamente.

la importancia del mundo espiritual y de una divinidad difusa. Sin embargo, puede estar sucediendo algo similar a lo que ocurrió con el cristianismo. Los primeros cristianos entendieron la resurrección como un pasar a estar con Cristo resucitado, mientras que en los medios helenistas donde se implantó el cristianismo predominó la clave de la inmortalidad. Así, la resurrección se convirtió en una manera de asegurarse una inmortalidad bienaventurada, perdiendo lustre el elemento cristológico. De igual manera, como está muy asentada en nuestra sociedad la convicción de que no existe más que esta vida, la reencarnación sería entonces la forma de volver a esta vida; una forma intramundana de salvación, que parecen ser las únicas comprensibles a gran escala en nuestra sociedad (5). En todo caso, sí se expresa una alta valoración de la vida terrena y todo lo que ella comporta.

Carácter científico

AL menos, algunas corrientes reencarnacionistas (Steiner, Nueva Era) se preocupan por mostrar su congruencia con la ciencia. Se dan, por ejemplo, intentos de demostración científica mediante la física nuclear. O se presenta una visión unitaria de todos los saberes: cómo la materia sería ya de suyo espiritual y, consecuentemente, cómo hay una congruencia entre la física de la materia, la psicología y la astronomía. En este contexto no escasean las referencias, no siempre fieles, a P. Teilhard de Chardin.

Para los defensores de la reencarnación, algunos fenómenos sorprendentes serían cuando menos signos evidentes de la existencia de anteriores reencarnaciones. Por ejemplo, lo que algunas personas cuentan con sinceridad absoluta, la experiencia de llegar por primera vez a un sitio donde ya se ha estado antes; o de encontrarse por primera vez con una persona que ya se conocía; o hablar una lengua que no se ha aprendido (*xenoglosia*). Aquí entra también la regresión: el supuesto recuerdo de vidas anteriores, usado por algunos como medio terapéutico (6).

(5) R. Díaz-Salazar; S. Gincer; F. Velasco (Eds.), *Formas modernas de religión*, Madrid, Alianza, 1996.

(6) En el mercado se puede encontrar una gama muy amplia de libros con títulos del estilo: «¿Cómo conocer sus vidas pasadas?»; p. ej.: G. Williston y J. Johnstone, *Descubre sus vidas pasadas*, Barcelona, Oasis, 1996; J. H. Brennan, *Cómo acceder a sus vidas pasadas*, Madrid, Edaf, 1997.

Progreso continuo y creciente

LA creencia occidental en la reencarnación conecta con la concepción evolutiva y el evolucionismo como el marco conceptual explicativo por antonomasia de todos los procesos que suceden en el universo: origen del cosmos, de la biosfera, de la historia humana. La persona humana forma parte de este universo y está igualmente sometida a esta ley cósmica de la evolución. La autorrealización, el logro personal, la madurez, todo esto exige evolución y tiempo, progreso, que no siempre se da en el breve plazo de una vida. En sucesivas reencarnaciones se seguirá avanzando en el progreso espiritual hasta alcanzar un nivel más elevado de espiritualización.

Necesidad de otra oportunidad

EN las religiones orientales, especialmente en el hinduismo, la reencarnación es una explicación de la desigualdad existente entre los seres humanos desde el momento mismo de su nacimiento: unos enfermos, otros sanos; unos ricos, otros pobres; unos huérfanos, otros cuidados por una familia, etc. Frente a la alternativa de un dios creador injusto, que no nos trataría a todos por igual, la reencarnación explica esta injusticia «aparente» retrotrayendo las diferencias. Supone un intento de solucionar el problema de la teodicea: la existencia del mal en el mundo.

Para los occidentales, en lugar de servir primordialmente para explicar la desigualdad realmente existente, la reencarnación es una adaptación de la igualdad de oportunidades. Frente a la angustia de un tiempo y una oportunidad única (*kairós*), donde sería posible la equivocación y el fracaso dentro de unas condiciones de vida que nunca son las óptimas, el hombre occidental se siente con derecho a pedir otra oportunidad, hasta que logre acertar. Igual que nos parecería una exageración un examen único para aprobar todo el conjunto de los estudios universitarios, lo mismo se traslada a la vida tomada en su conjunto. Nótese bien que esta tendencia, como una especie de derecho a la misericordia y a mermar la trascendencia irresoluble de las equivocaciones, empapa otras esferas de la vida actual. Por ejemplo, otra oportunidad en la vida de pareja; un sostenimiento, idealmente indefinido, si se fracasa en el ámbito laboral.

Hedonismo

AUNQUE no lo pregonan sus defensores, yo me pregunto si bajo algunas formas y bajo su éxito popular no subyace igualmente un culto al hedonismo, que no se ha de abandonar ni en la muerte. La reencarnación asegura la vuelta a esta vida, que es lo único y lo mejor que hay, para disfrutarla más, para sacarle más jugo, para volver a ser joven, para ampliar indefinidamente el campo de las experiencias y los placeres.

«Karma»: unidad cósmica

LA clave de bóveda de explicación es el *karma*: la unidad del universo y su equilibrio. Según la ley del *karma*, toda acción tiene unas consecuencias que se han de desarrollar hasta el final. Como una bola cuando cae. Una vez que tiene impulso seguirá en movimiento. Así son los resultados de las acciones en la vida. La bola sigue su curso sin que la muerte la pare. De una manera más precisa: «La ley del *karma* es la ley de la retribución de los actos: nuestros actos producen obligatoriamente sus frutos, si no en esta vida, en una vida futura» (7).

Reencarnación y cristianismo

¿Ha habido una creencia cristiana en la reencarnación?

HAY corrientes que defienden la reencarnación que invocan a su favor al mismo Jesús, la Biblia y la historia de la teología. Los autores que han estudiado detenidamente el material en cuestión no encuentran un apoyo ni explícito ni claro de la reencarnación en las fuentes invocadas (8). Tampoco hay una condenación explícita por parte del magisterio, ya que la creencia en la reencarnación es un cuerpo de doctrina

(7) Cardenal P. Poupard (Dir.), *Diccionario de las religiones*, Barcelona, Herder, 1987, pág. 955.

extraño al cristianismo sobre el que la Iglesia no hubo de pronunciarse. Aun así, lo más destacado es lo siguiente:

Biblia

No hay textos ni del AT ni del NT que hablen de la reencarnación. El anunciado regreso de Elías (Mt. 11, 14), que se habría cumplido con Juan el Bautista según algunos textos, no implica una reencarnación de Elías. Simplemente se hace mención de que la llegada de Elías será signo del final de los tiempos. Aquí se maneja más bien la categoría tipológica. También se espera un «nuevo» Moisés (Dt. 18, 15 s.), lo cual no significa la creencia en la reencarnación de Moisés ni, menos aún, que los cristianos creamos que Jesucristo, al ser el nuevo Moisés, el nuevo legislador (cf. Mt. 5-7; Jn. 8, 1-11), sea una reencarnación. Por otra parte, si este texto relativo a Elías afirmara la reencarnación como parte integrante de la mentalidad bíblica, parece que debería haber más textos bíblicos que fueran en esa línea reencarnacionista. Sin embargo, la lógica reencarnacionista resulta ajena al conjunto de la Escritura, señal de que no es compatible con la misma.

Historia de la teología

Los Padres no afirman tampoco la reencarnación. Algunos (Ireneo, Tertuliano) la combaten expresamente en su enfrentamiento con los gnósticos y otros la rechazan taxativamente: Justino, Agustín.

Orígenes tampoco defendió la reencarnación. Él mantuvo la preexistencia de las almas, creadas por Dios, antes de asumir el cuerpo, pero no la transmigración de las almas por diferentes cuerpos. Hay textos suyos que excluyen cualquier posibilidad de reencarnación. Esta doctrina origeniana pretendía dar razón de la desigualdad entre los hombres al nacer. Más ade-

(8) Sobre este tema son muy accesibles para una primera introducción, sin perder profundidad: Grupo Pascal Thomas, *La reencarnación*, Madrid, San Pablo, 1995; H. Bourgeois, «Reencarnación, resurrección: presupuestos y fundamentos»: *Sal Terrae* 85/1 (enero 1997) 55-66. También tratan el tema y aportan bibliografía para estudios ulteriores: C. Pozo, *Op. Cit.*, 165-185; J. Verette, *La réincarnation*, (Que sais-je? 3002), Paris, PUF, 1995; J. L. Ruiz de la Peña, «¿Resurrección o reencarnación?»: *Communio. Revista Católica Internacional* 2 (1980) 287-299; M. Kehl, *Escatología*, Salamanca. Sigüeme, 1992, 60-68; S. del Cura, «Escatología contemporánea: la reencarnación como tema ineludible» (cit. nota 1); Id. «Observaciones sobre el encuentro con creencias encarnacionistas», en: O. González de Cardedal y J. J. Fernández Sangrador (eds.), *Coram Deo. Memorial Juan Luis Ruiz de la Peña*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1997, págs. 557-571.

lante, en medio de la controversia origenista (s. VI) fue rechazada por la Iglesia (9).

Honestamente, no cabe ni imputarle a Orígenes la reencarnación, ni entender que la Iglesia condenó la doctrina reencarnatoria.

Reencarnación y fe cristiana

COMO es propio del diálogo interreligioso abordamos este asunto con sumo respeto por los creyentes en la reencarnación. Actualmente el 50% de los que creen en la existencia de otra vida después de la muerte piensan que será en forma de reencarnación. Como en toda creencia, no se impone obligatoriamente creer en ella, como tampoco se impone racionalmente la fe en la resurrección de los cuerpos.

Convergencias

Además, destaca una serie de convergencias entre ambas creencias. No sólo la existencia de una vida posterior. También la solidaridad de toda la humanidad en el mal, en cristiano expresada a través del pecado original. El mal no es un asunto meramente individual cerrado en mi conciencia. Adquiere una especie de consistencia supraindividual. Algunos autores subrayan también cierto parentesco entre el *karma* y el purgatorio (10). En ambos casos la plenitud total no se alcanza sin liberarse de las consecuencias negativas de los propios actos. En cualquier caso, ambas visiones acentúan la continuidad entre la vida actual, la conducta seguida en ella y la vida futura.

Siendo todo esto cierto, no cabe duda de que entre ambas creencias, la fe cristiana en la resurrección y la creencia en la reencarnación, se dan diferencias notables en puntos muy importantes. De ahí que, si somos simplemente sinceros, no son reconciliables. Los principales puntos de desencuentro se sitúan en la atropología y la soteriología, muy divergentes (11).

(9) Fue en un sínodo celebrado en Constantinopla en el año 543; cf. DS 403 y s.

(10) J. R. Sachs, «Resurrección o reencarnación? La doctrina cristiana del purgatorio»: *Concilium* 249 (octubre 1993) 883-890. Resumido en: *Selecciones de Teología* 33 (1994: 131) págs. 238-240.

(11) Véanse planteamientos semejantes en: Comisión episcopal para la doctrina de la fe, *Esperamos la resurrección y la vida eterna*, núms. 18-22 (Madrid, Edice, 1995).

Antropología

Según la antropología cristiana, cada persona es única e irrepetible. Es una historia de libertad, creada por Dios por amor, en diálogo con Él y llamada a la comunión plena con Él. De ahí que la idea de una reencarnación sucesiva del mismo sujeto, dando lugar a diferentes personas, repugne con la idea de esta historia individual e irrepetible con Dios (cf. además Heb. 9, 27). La vida es un don de Dios, pero no se repite. Es en el seno de la historia individual donde cada uno orienta su libertad para el bien o para el mal; éste es el *kairós*: el tiempo de la oportunidad y de la gracia. Por lo tanto, en las antipodas del eterno retorno. Los defensores de la reencarnación con frecuencia piensan simplemente en que es una ley cósmica sin más. La concepción de la libertad humana propia del cristianismo y, consecuentemente, de la historia resultan incompatibles con la creencia en la reencarnación.

Además, la concepción cristiana considera que la persona humana es la unidad de alma y cuerpo; no el alma inmortal que podría reencarnarse en cuerpos diferentes, desprendiéndose del cuerpo «accidental» (12), o el cuerpo que se iría transformando sucesivamente, recibiendo diferentes identidades. Tampoco se puede, desde la fe cristiana, despersonalizar el sujeto, viendo en el universo un mero cruce de energías cósmicas, que se dilatan, condensan, expanden y en su juego van gestando una serie de formas insustanciales.

Soteriología

La salvación ha sido ya realizada por Cristo para nosotros. Bajo la mayoría de las formas que adopta la creencia en la reencarnación subyace la idea de que la liberación o la plenitud se alcanza mediante la propia perfección. Es decir, la reencarnación piensa en una autosalvación, basada en los propios méritos y virtudes. En ella no suele haber lugar para la misericordia ni para el perdón. La ley del *karma* impone que cada acción comporta unos efectos necesarios e inevitables. El equilibrio del universo impone su cumplimiento. Esta ley no se puede romper, ni siquiera por la divinidad (13), por lo demás inexistente en el budismo ortodoxo y en el jainismo. La Nueva Era, por su parte, prescinde de un Dios personal.

(12) «Es una piedra angular de la filosofía de la reencarnación el que nosotros somos almas que ocupamos cuerpos en vez de cuerpos que tenemos almas.» (L. E. Spartow, *Reencarnación. Conociendo su pasado, creando su futuro*, Madrid, Edaf, 1992, 32).

(13) C. González Vallés, *op. cit.*, págs. 21-22 dice que algunas corrientes admitirían que la divinidad pueda modificar el *karma* de una persona.

Sin embargo, la fe cristiana opina que lo más valioso y perfecto, lo más gozoso y plenificante es recibir un regalo que no podemos construir con nuestras propias fuerzas: la comunión con el Dios Trino y pleno de vida. En este sentido, Moltmann habla de un «principio gracia», como elemento constitutivo de la fe cristiana (14). En este encuentro se nos perdonarán los pecados. El sufrimiento purificador que pueda ir aparejado con este encuentro (purgatorio) no se entiende como una «compensación» necesaria, o como un registro negativo acumulado que se haya de saldar. Se ve más bien como el dolor al encontrarse con pleno conocimiento ante la gravedad del propio pecado y la mezquindad de la propia vida.

Interpelación a la fe cristiana

EL auge de la creencia en la reencarnación, frente al desapego progresivo de importantes capas de la población con respecto a la fe cristiana, debería hacernos reflexionar. Desde los años 70 se da en España un deslizamiento hacia la increencia; de creyentes a indiferentes y de indiferentes a increyentes. En cifras, este colectivo abarca siete millones de personas (15). Creo que la razón de fondo del auge de la reencarnación radica en que la transformación occidental de la creencia supone una oferta de salvación inculturada, mientras que al mensaje cristiano le cuesta mucho presentarse de modo comprensible y atractivo para el ciudadano urbano, posindustrial y consumista (16). No cabe duda de que detrás del auge de los Nuevos Movimientos Religiosos hay un déficit eclesial (17).

A este respecto creo que cuando menos hemos de reconocer deficiencias en estos cuatro aspectos:

(14) J. Moltmann, *Das Kommen Gottes. Christliche Eschatologie*, Gütersloh, Chr. Kaiser, 1995, págs. 131-137.

(15) A. Tornos, R. Aparicio: *¿Quién es creyente en España hoy?*, Madrid, PPC, 1995, págs. 11, 144.

(16) Para esta cuestión, desde una panorámica más amplia, cf. G. Urbarri, «La fe ante la increencia en la España de los 90:» *Razón y Fe*, 230 (1994) Págs. 197-210; A. Tornos, «Principios directivos para la evangelización de las culturas:» *Miscelánea Comillas* 54 (1996), págs. 27-51.

(17) H. Bonnet-Eymard *et al.*, «Interrogés par le Nouvel Age:» *Études* 377 (février, 1993), págs. 249-258; M. Kehl, *New Age oder Neue Bünde?*, Mainz, Matthias-Grünwald, 1988 (trad. en Herder); J. Sudbrack, *La nueva religiosidad*, Madrid, Paulinas, 1990; J. Martín Velasco, *El malestar religioso en nuestra cultura*, Madrid, Paulinas, 1993; J. M. Vegas, *El desafío de la Nueva Era*, Madrid, Publicaciones claretianas, 1994.

Relaciones armónicas entre fe y ciencia

LA época del conflicto frontal ha pasado. No obstante, en el terreno de las representaciones de las masas (no de las elites ni de los científicos) ha quedado el rescoldo de que lo cristiano no es científicamente moderno ni demostrable. En el mejor de los casos son dos ámbitos, ciencia y cristianismo, paralelos.

Hay movimientos religiosos que presentan a la ciencia como su aliada y pregonan una religión a la altura de la ciencia del siglo XX, o del XXI incluso. Así, pregonan una especie de saber donde se dan cita la física, la psicología, la cosmología y la ciencia del espíritu. Quizá a larga esta estrategia se termine por volver en contra suya (18). En todo caso, la confrontación ciencia-fe de épocas anteriores ha tenido consecuencias negativas para propiciar un caldo de cultivo favorable a la evangelización en un medio social que antaño idolatraba las virtudes de la ciencia. Hoy, más escéptico ciertamente, sigue rodeado de ella a través de una tecnología que incide directamente en los aspectos más nimios de su vida cotidiana. Dada la solidaridad eclesial, ahora estamos sufriendo las consecuencias de los desatinos de nuestros abuelos o bisabuelos. Hoy parece que pretender una demostración científica de la fe o presentar a las ciencias positivas como su aliado natural sería perjudicar notablemente a las futuras generaciones de cristianos. Quizá deberíamos insistir más activamente en la congruencia entre ciencia y fe, sin abandonar el cultivo de este terreno (19).

Capacidad de proporcionar una vida lograda

FRENTE a la ideología de la autorrealización personal, quizá últimamente fundamentada en la dignidad de la persona humana, la fe cristiana no ha sabido aparecer como la gran aliada del proyecto personal de cada individuo. Posiblemente porque esta idea sea ajena al fondo último de la concepción cristiana de la persona, que no busca su propia realización, sino seguir la voluntad de Dios (cf. Mc. 14, 36; Jn. 4, 34). O, mejor, que entiende que sólo en el cumplimiento de la voluntad de Dios se da la mejor realización posible, que siempre será una «heterorreali-

(18) Véanse las críticas a la superficialidad con la que se maneja la «ciencia»: J. Sudbrack, *op. cit.*

(19) Cf. A. Tornos, «Recepción de la ciencia por la teología», en: A. Dou (ed.), *Evaluación social de la ciencia y de la técnica*, Madrid, UPCo, 1996, págs. 249-285.

zación». El manido problema de la autonomía de la persona y la mayoría de edad del hombre moderno aparece de nuevo con otro ropaje. Sacrificio, renuncia, abnegación no son términos de moda, ni en el discurso social ni en ambientes eclesiales. La cultura del narcisismo impone poner el propio yo en el centro, como algo lógico y evidente (20). En nuestra sociedad occidental parece que la psicología ha ido tomando el puesto de la religión y de la ética como el medio para asegurarse una vida buena, digna de la persona. De ahí el éxito de las colecciones de libros, u otras ofertas, de autoayuda. Son un medio de proporcionar salvación intramundana entendida como vida plena y auténtica.

Incapacidad de sumergirse en la lógica del consumo

MIENTRAS que la creencia occidental en la reencarnación habla un lenguaje que conecta maravillosamente con la lógica del consumo: más oportunidades, más sensaciones, más experiencias, más placeres, más plazos, más juventud, a la fe cristiana le cuesta llegar a un individuo configurado por estos deseos e impulsos. Lo único que alcanza cierto éxito son algunas prácticas propias de la religiosidad popular: la semana santa, las procesiones, romerías como «el rocío».

Dos aspectos resultan muy llamativos: primero, el escaso protagonismo de los eclesiásticos en estos eventos, dirigidos por asociaciones laicales de fuerte raigambre; y, segundo, la sospecha frecuente ante tales manifestaciones, reiteradamente calificadas como muy «religiosas» y muy poco «cristianas» por parte de personas que se consideran a sí mismas más solventes para determinar qué haya de ser el cristianismo. En estas circunstancias se puede vivir una experiencia colectiva, festiva, con contenido y sentimiento religioso, sin tener que atenerse a una dogmática ortodoxa estricta que gobierne el sentir religioso. Basta con sumergirse en unas prácticas ancestrales, en unos gestos y actividades que movilizan a toda la persona: cuerpo y espíritu, que le integran en una corriente milenaria de adoración a la divinidad según sus propios antepasados, rompiendo moldes individualistas, subjetivistas y privados. También es posible acudir como «curioso» a una manifestación religiosa pública y comprobar si el propio horizonte se dilata.

(20) Cf. J. L. Trechera: *¿Qué es el narcisismo?*. Bilbao, Desclée, 1996.

Importancia del kairós de esta vida

Kairós

En este aspecto, resurrección y reencarnación chocan frontalmente. Para los cristianos éste es el tiempo de la gracia y el tiempo de la decisión. Cristo se encarnó una vez y murió por nosotros de una vez por todas («epáfax»; cf. Heb. 7, 27; 9, 12). De ahí que sea en el transcurso de esta vida donde sucede irremisiblemente lo extraordinario, lo dramático y lo banal. No hay escapatatoria, no hay sucedáneos, no hay realidad virtual, no hay ensayo, no hay segunda oportunidad a pesar de la gravedad de lo que está en juego y de la limitación enorme con la que hemos de movernos en la historia, dentro de una sociedad extremadamente compleja. Vivimos en medio de una fuerte compulsión social que exige triunfar. La cual contrasta con la extensión social del fracaso. Así, la única salida antes de la depresión o el suicidio parece ser la exigencia a todo trance de la compensación de la segunda oportunidad para evitar la caída en la frustración sin retorno.

La presión desorbitada sobre los deportistas, que en el caso de los futbolistas supera todo límite, y la coacción moral para que ganen, conjugado con el desprecio, el insulto mordaz y el odio si no lo logran, indican hasta qué punto nuestra sociedad nos obliga a vivir subidos al carro de los vencedores, mirando altivamente a los que han quedado relegados. Nuestra sociedad no nos educa para la frustración; por eso tampoco para arriesgar todo a una carta.

Vivencia cristiana del tiempo

Otro asunto relacionado, que considero de gran trascendencia y profundidad, es la vivencia del tiempo. En occidente no tenemos la sensación de que el tiempo corra a nuestro favor. En nuestra sociedad se valora lo joven. Hemos de cuidar la salud corporal, el aspecto, la forma física, el atuendo y las actitudes para aparecer siempre jóvenes. Como si quisiéramos parar el tiempo, pues la juventud necesariamente es una etapa pasajera, imposible de eternizar. Por otro lado, el paso del tiempo implica la aproximación inexorable de la vejez y de la muerte, dos damas que no se deben presentar en sociedad, sino que se han de ocultar. También conviene engañarlas lo más posible, maquillarlas al máximo o, mejor, no tratar con ellas. Como tercer factor, el paso del tiempo no se percibe con mucha frecuencia como algo enriquecedor, sino lo contrario: castrador. De las diferentes oportunidades no hemos

aprovechado todas. Hay cosas que ya nunca podremos vivir ni experimentar. Por eso es conveniente exprimir al máximo el mayor número de oportunidades posibles. Todo esto, junto con otros factores, incide en el alargamiento de la adolescencia, el retraso del compromiso definitivo en la vida de pareja y la procreación.

Dentro de este contexto, la muerte se ha convertido en pornográfica (Gorer) y la monogamia en una aberración cultural, es decir: en una herejía dentro del modo de vida consumista. La muerte y la monogamia imponen un límite a las experiencias y oportunidades. Socialmente parece más congruente haber probado muchas cosas antes de elegir que quemar pronto las naves en una opción para el resto de la vida. No entendemos fácilmente que la manera de enfocar una vida lograda sea encontrar cuanto antes aquella pareja con la que vivir siempre y por la que tirar por la borda el resto de las posibilidades. En el ambiente social, espontáneamente se estima que tienen mucha suerte y una vida interesante los que viajan mucho, trabajan en cosas diversas, practican deportes variados, viven experiencias sexuales gratificantes con más de una persona; frente a los que eligen un lugar, un trabajo, un deporte, una persona, disfrutan de su compañía y le guardan fidelidad. La monotonía y la rutina aparecen como el camino para la desgracia, más todavía en el fin de semana, que es cuando realmente se puede ser persona según nuestra sociedad, cuando se escapa a la castración del trabajo rutinario y se entra en la esfera libre del consumo.

La reencarnación se convierte entonces en una manera de conseguir que el tiempo, nuestro enemigo mortal, se convierta en nuestro aliado. Esta vida pasa, pero vendrá otra, más interesante, seguramente más plena (evolución).

Para los primeros cristianos el tiempo también era un aliado, como para los que hoy creen en la reencarnación. Porque esperaban ansiosamente la parusía, la llegada triunfal de Cristo para instaurar de manera definitiva el Reino de Dios ya incoado (cf. 1 Cor. 11, 26; 16, 22; Ap. 22, 20). Por ello, los cristianos esperaban ansiosos el glorioso advenimiento de Cristo —como repetimos en la liturgia eucarística, después del Padre Nuestro—, sabiendo que el tiempo corría a su favor. De otra parte, el transcurso del tiempo implica siempre una mayor cercanía de la muerte. Pero la muerte se presentaba como un encuentro gozoso con Cristo y con los que durmieron en el Señor. El mismo Pablo anhela que llegue ya el momento de su muerte; sólo le retiene la solicitud por sus hermanos de fe (Cf. Flp. 1, 23). Curiosamente, la misma decisión del «Bodhisattva» que, habiendo alcanzado la salvación, aplaza su consumación definitiva para ayudar a otros en el camino.

Conclusión

DURANTE los últimos decenios, en la Iglesia hemos reducido al mínimo nuestro discurso acerca del más allá (21), posiblemente por miedo a presentar una fe cristiana que no se preocupe del aquí y ahora terrenal. No obstante, el «más allá» sigue interesando a muchas personas. Tanto la ciencia ficción, como la ecología o la nueva religiosidad de la Nueva Era tratan de dar respuesta a esas incógnitas que todo el mundo se formula en alguna ocasión: ¿habrá algo después de esta vida? ¿Me encontraré de nuevo con mis seres queridos? ¿Se mantiene de alguna forma la comunión entre los vivos y los muertos? ¿Repercute en el más allá la conducta que se haya seguido en este mundo? ¿Cómo se puede saber algo con garantías sobre todo esto?

La fe cristiana posee una comprensión esperanzada acerca del destino final de la humanidad y de los individuos. La renovación teológica de este siglo nos ofrece la oportunidad de presentar sin complejos la firme esperanza que deriva de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. En su presentación pastoral, no podemos limitarnos a la pureza conceptual. No calará, en las comunidades cristianas ni en quienes se acerquen a ellas, sin un imaginario capaz de formular nuestra esperanza de modo narrativo, con ejemplos, representaciones, imágenes, descripciones, figuras y cuentecillos.

(21) Cf. F. X. Durwell, *El más allá. Miradas cristianas*, Salamanca, Sígueme, 1997.